

Ificrates ha hecho mudanzas útiles en la infantería; Timoteo ha enriquecido muchas veces con los despojos de los enemigos el tesoro público ya exhausto; bien que al mismo tiempo se ha enriquecido él tambien. El primero ha restituido soberanos á sus tronos: el segundo ha obligado á los Lacedemonios á cedernos el imperio del mar. Los dos son elocuentes oradores: la elocuencia de Ificrates es campanuda é hinchada: la de Timoteo es mas sencilla y mas persuasiva. Les hemos levantado estatuas y acaso los desterraremos algun dia.



CAPITULO VIII.

LICEO. GIMNASIOS. ISOCRATES. PALESTRAS. FUNERALES DE
LOS ATENIENSES.

Otro dia, al tiempo que Apolodoro entraba en mi casa á proponerme el ir á pasear al liceo, corri á recibirle exclamando: ¿le conoceis? — ¿A quién? — A Isócrates. Acabo de leer un discurso suyo, que me ha encantado. ¿Vive todavía? ¿Dónde está? ¿Qué hace? — Aquí está, respondió Apolodoro: enseña retórica. Es un hombre célebre, á quien conozco. — Pues yo quiero verle, dije, hoy mismo, esta mañana,

en este momento. — Iremos á su casa, añadió Apolodoro, cuando volvamos del liceo.

Pasamos por el cuartel de los Pantanos; y saliendo por la puerta Egea, seguimos un sendero al lado del Iliso, torrente impetuoso, ó arroyo apacible, que siguiendo las estaciones, se precipita ó se arrastra al pie de una colina, en que se termina el monte Himeto. Sus orillas son agradables, sus aguas puras y cristalinas por lo comun. Vimos en las inmediaciones un altar consagrado á las musas; el sitio donde se dice que Boreas robó á la hermosa Oritia, hija del rey Erecteo; el templo de Ceres, donde se celebran los misterios menores; y el de Diana, donde se sacrifican todos los años muchas cabras en honor de esta diosa. Los Atenienses le prometieron antes de la batalla de Maratón un número igual al de los Persas que quedasen en el campo de batalla. Despues de la victoria echaron de ver que el cumplimiento de este voto indiscreto consumiria luego los rebaños de la Atica; y así se redujo á quinientas el número de víctimas, y la diosa se dió por satisfecha.

Mientras me contaban estas cosas, vimos sobre la colina á unos aldeanos que, dando golpes sobre unos vasos de bronce, corrian para detener un enjambre de abejas que acababa de salir de una colmena. Estos insectos aman infinito el monte Himeto que han cubierto con sus

colonias, y que casi todo está lleno de serpol y otras yerbas olorosas; y sobre todo, de excelente tomillo, del cual sacan aquellos jugos preciosos, de que hacen la miel tan estimada en toda la Grecia. El color de ella es blanco algo amarillento, negrea cuando es añeja, y conserva siempre su fluidez. Los Atenienses hacen todos los años una provision grande de ella, y se puede formar juicio del precio que le dan, por el uso que tienen los Griegos de gastar miel en las pastas y guisados. Dicese que alarga la vida, y que en especial es muy util á los viejos. Yo mismo he visto á muchos discípulos de Pitágoras conservar su salud, no alimentándose sino con un poco de miel.

Despues de haber vuelto á pasar el Iliso, nos hallamos en un camino, donde se ejercitan en la carrera, el cual nos llevó al liceo.

Los Atenienses tienen tres gimnasios destinados á la enseñanza de la juventud, el del liceo, el del cinosargo situado sobre una colina de este nombre, y el de la academia. Todos tres han sido contruidos fuera de la ciudad, á expensas del gobierno. En otro tiempo no se recibian en el segundo mas que á los niños ilegítimos.

Son los gimnasios unos edificios espaciosos, circundados de jardines y de un bosque sagrado. Se entra primero en un patio cuadrado, cuyo

circuito es de dos estadios*, con pórticos y edificios al rededor. Por tres de sus lados hay salas anchurosas, y en ellas sillas, donde los filósofos, retóricos y sofistas reúnen á sus discípulos. En el otro lado hay piezas para los baños y demas usos del gimnasio. El pórtico, que mira al mediodia, es doble, para que en invierno no entre adentro el agua impelida por el viento.

Desde este patio se pasa á un recinto tambien cuadrado, y en medio de él dan sombra algunos plátanos. Por tres lados corren los pórticos: el que mira al norte es de dos órdenes de columnas, para preservar del sol á los que se pasean por él en verano: el pórtico opuesto se llama Xisto. En todo el terreno que ocupa, han abierto en el medio una especie de camino hondo de cerca de doce pies de ancho y dos de profundidad. Aquí es donde al abrigo de las injurias del tiempo, separados de los espectadores que están en las barandillas laterales, se ejercitan en la lucha los jóvenes discípulos. Mas allá del Xisto está un estadio para la carrera de á pie.

Un magistrado, con el nombre de gimnasiaarca, preside á los diferentes gimnasios de

* Ciento y ochenta y nueve toesas: (264 y medio pasos de España).

Atenas. Su empleo es por un año, y le confiere la asamblea general de la nacion. Tiene la obligacion de suministrar el aceite que gastan los atletas para dar mayor flexibilidad á sus miembros. En cada gimnasio tiene á sus órdenes muchos oficiales, tales como el gimnasta, el pedotriba y otros muchos, unos para mantener el buen orden entre los alumnos, y otros para instruirlos en diferentes ejercicios. Se notan sobre todo diez sofronistas nombrados por las diez tribus, y encargados de velar especialmente sobre las costumbres. Es condicion precisa que el areopago apruebe todos estos oficiales.

Como en el gimnasio, igualmente que en todos los sitios de gran concurso, deben reinar la confianza y la seguridad, se castigan con pena capital los robos que se cometen allí, cuando exceden el valor de diez dracmas*.

Debiendo ser los gimnasios el asilo de la inocencia y del pudor, habia Solon prohibido al público la entrada, mientras los alumnos celebraban una fiesta en honor de Mercurio, en cuyo tiempo no estaban tan inspeccionados por sus maestros; pero este reglamento no se observa ya.

Los ejercicios están ordenados por las leyes, sujetos á reglas, animados con los elogios de

* Nueve libras: (35 y medio rs. vn.).

los maestros, y mucho mas con la emulacion que hay entre los discípulos. Toda la Grecia los tiene por la parte mas esencial de la educacion, porque hacen al hombre agil, robusto, y apto para sufrir las fatigas de la guerra y los ocios de la paz. Si se consideran en orden á la salud, los mandan los médicos con utilidad; y con relacion al arte militar, no se puede dar mas alta idea de ellos, que citando el ejemplo de los Lacedemonios. En otro tiempo les debieron las victorias, que los hicieron temibles á los demas pueblos; y en estos últimos tiempos ha sido preciso, para vencerlos, igualarles en la gimnástica.

Pero si son grandes las ventajas de este arte, no lo son menos los abusos. La medicina y la filosofia condenan unánimes estos ejercicios, cuando debilitan el cuerpo, ó dan al alma mas ferocidad que valor.

El gimnasio del liceo le han aumentado y adornado sucesivamente. Sus paredes se han enriquecido con pinturas. La divinidad tutelar de aquel lugar es Apolo, cuya estatua se ve á la entrada. Los jardines adornados con hermosas hileras de árboles, se renovaron en los últimos tiempos de mi estancia en Atenas. Los asientos puestos bajo los árboles convidan allí á descansar.

Despues de haber asistido á los ejercicios de

los alumnos, y pasado algunos momentos en las salas donde se agitaban cuestiones sucesivamente importantes y frívolas, tomamos el camino que va desde el liceo á la academia, al lado de los muros de la ciudad. Apenas habiamos dado algunos pasos, cuando hallamos á un anciano venerable, á quien me pareció que Apolodoro se alegraba de ver. Despues de los primeros cumplidos le pregunto que adonde iba. El anciano le respondió con una voz aguda: voy á comer á casa de Platón con Eforo y Teopompo, que me aguardan en la puerta Dípila. — Cabalmente vamos por el mismo camino, dijo Apolodoro, y así tendremos el gusto de acompañaros. Pero decidme: ¿amais todavía á Platón? — Tanto como me lisonjeo de ser amado de él. Nuestra union, formada desde nuestra infancia, no se ha alterado desde entonces: de ello ha hecho mencion en uno de sus diálogos, donde Sócrates, que hace de interlocutor, habla de mí en términos muy honrosos. — Se os debia este homenaje. Todos se acuerdan que cuando la muerte de Sócrates, en tanto que huian atemorizados sus discípulos, os atrevisteis á presentaros de luto en las calles de Atenas. Algunos años antes habiais dado otro ejemplo de firmeza. Cuando Terámenes, proscrito en pleno senado por los treinta tiranos, se refugió al altar, os levantasteis para defenderle; ¿y no fué preciso

que él mismo os suplicase que le ahorrased el dolor de veros morir con él? Este elogio, segun me pareció, gustó mucho al anciano. Yo estaba impaciente por saber su nombre; pero Apolodoro se complacia en ocultármele.

Hijo de Teodoro, le dijo, ¿no teneis la misma edad que Platon? — Tengo seis ó siete años mas; pues él debe tener ahora sesenta y ocho años. — Segun parece, gozais de buena salud. — Excelente: estoy tan sano de cuerpo y de alma, como es posible estarlo. — Hay quien dice que estais muy rico. — Mis desvelos me han adquirido con qué satisfacer las necesidades de un hombre cuerdo. Mi padre tenia una fábrica de instrumentos músicos; pero en la guerra del Peloponeso quedó perdido; y no habiéndome dejado otra herencia que una educacion excelente, me vi precisado á vivir de mi habilidad, y sacar provecho de las lecciones que me habian dado Gorgias, Pródico, y otros oradores los mas hábiles de la Grecia. Hice defensas por los que no estaban en estado de defender su causa por si mismos. Un discurso que dirigí á Nicocles, rey de Quipre, me valió una gratificacion de veinte talentos*. Abri cursos públicos de elocuencia; y habiéndose aumentado cada dia mas el número de mis discípulos, he recogido el

* Ciento y ocho mil libras: (402.532 rs. vn.).

fruto de un trabajo, en que he gastado todos los momentos de mi vida. — No obstante, no negaréis que habeis dedicado algunos á los placeres, á pesar de la severidad de vuestras costumbres. Poseisteis en otro tiempo á la bella Metanira: en una edad mas avanzada llevasteis á vuestra casa una cortesana no menos amable. Se decia entonces que sabiais reunir las máximas de la filosofia con las delicadezas del deleite; y se hablaba de aquella cama suntuosa que mandasteis poner, y de aquellas almohadas que despedian un olor tan fragante. El anciano convino en estos hechos sonriéndose.

Apolodoro continuó de esta manera: teneis una familia amable, buena salud, bastante hacienda, discípulos sin número, un nombre que habeis hecho célebre, y virtudes que os ponen en la clase de los ciudadanos honrados de esta ciudad. Con todas estas ventajas debeis ser el mas feliz de los Atenienses. — ¡Ay! respondió el anciano, tal vez soy el mas infeliz de los hombres. Yo hacia depender mi felicidad de la estimacion; mas como por una parte no puede tenerse esta en una democracia, sin mezclarse en los negocios públicos, y por otra la naturaleza me ha dado una voz debil y una timidez excesiva, ha sucedido que, siendo muy capaz de discernir los verdaderos intereses del Estado, pero incapaz de defenderlos en las asambleas,

me he visto atormentado violentamente de la ambicion y de la imposibilidad de ser util, ó en otros términos de ganar crédito. Los Atenienses reciben gratuitamente en mi casa lecciones de elocuencia; los extrangeros pagando mil dracmas*: yo daria de buena gana diez mil al que me diese intrepidez y una voz sonora. — Vos habeis enmendado los perjuicios de la naturaleza, instruyendo con vuestros escritos al público, á quien dirigis la palabra, y no podrá negaros su estimacion. — ¿Mas de qué me sirve la estimacion de los demas, si no puedo juntar á ella la mia? Algunas veces llega á desprecio la debil idea que tengo de mis talentos. ¿Qué fruto he sacado? ¿He obtenido alguna vez los cargos, las magistraturas y distinciones que veo conceder todos los dias á esos viles oradores que venden el Estado?

Aunque mi Panegírico de Atenas haya hecho avergonzar á los que habian tratado antes la materia, y desanimado á los que quisieran tratar de ella hoy, siempre he hablado de mis tareas con modestia, por no decir con humildad. Mis intenciones son puras, nunca he hecho daño á nadie ni con mis escritos, ni con mis acusaciones; y sin embargo tengo enemigos. — ¡Ah! ¿no debereis redimir vuestro mérito á costa de

* Novecientas libras: (5,532 rs. vn.).

algunas desazones? Mas dignos de compasion son vuestros enemigos que vos. Continuamente les advierte una voz importuna, que vos contais entre vuestros discípulos, reyes, generales, políticos, historiadores y escritores de todas materias; que de tiempo en tiempo salen de vuestra escuela colonias de hombres ilustrados, que esparcen vuestra doctrina en los países lejanos; que gobernais la Grecia por medio de vuestros discípulos, y para servirme de vuestra expresion, que sois la piedra que afila el instrumento. — Si; pero esta piedra no corta. A lo menos, añadió Apolodoro, no podrá negar la envidia que habeis acelerado los progresos de la elocuencia. — Tambien se me quiere quitar ese mérito. Bebiendo cada dia en mis escritos esos atrevidos sofistas, esos maestros ingratos, los preceptos y los ejemplos, los distribuyen á sus discípulos, sin dejar por eso el ardor con que me despedazan; se ejercitan en asuntos que yo he tratado; juntan en derredor á sus partidarios, y comparan sus discursos con los mios, que han tenido la precaucion de alterar, y tienen la bajeza de desfigurar cuando los leen. Este encarnizamiento me llena de dolor..... pero allí veo á Eforo y á Teopompo. Voy á llevarlos á casa de Platon, y me despido de vosotros.

Luego que se fué, me volví precipitadamente á Apolodoro. ¿Quién es pues, le dije, este an-

ciano tan modesto con tanto amor propio, y tan desdichado con tanta felicidad? Ese es Isócrates, me dijo; por cuya casa debíamos pasar á nuestra vuelta. Con mis preguntas he logrado que os trace los principales rasgos de su vida y de su caracter. Habeis visto que por dos veces manifestó valor en su juventud. Este esfuerzo agotó sin duda el vigor de su espíritu; pues ha pasado el resto de sus dias en temor y desazon. El aspecto de la tribuna, de que se ha separado con prudencia, le aflige tanto, que no asiste ya á la asamblea general. Se cree cercado de enemigos y de envidiosos, porque algunos autores, á quienes desprecia, juzgan menos favorablemente que él propio sus escritos. Su destino es correr sin cesar tras de la gloria, y no hallar nunca reposo.

Por desgracia suya, sus obras llenas por otra parte de grandes bellezas, dan armas poderosas á la crítica: su estilo es puro y fluido, lleno de dulzura y armonía, algunas veces pomposo y magnífico; pero tambien en otras es lánguido, difuso, y sobrecargado de adornos que le afean.

Su elocuencia no era adecuada para las discusiones de la tribuna y del foro; pues es mas propia para lisonjear el oido, que á mover el corazon. Es muchas veces sensible ver á un autor apreciable abatirse á no ser mas que un escritor armonioso, reducir su arte al solo mérito de la

elegancia, sujetar con trabajo sus pensamientos á las palabras, evitar el concurso de las vocales con una afectacion pueril, no tener otro objeto que redondear los períodos, ni otro recurso para simetrizar los miembros, que llenarlos de expresiones inútiles y de figuras dislocadas. Como no diversifica bastante los modos de su estilo, llega por fin á resfriar y desagradar al lector, viniendo á ser como un pintor que da á todas sus figuras los mismos rasgos, los mismos vestidos y las mismas actitudes.

La mayor parte de sus arengas se versan sobre los artículos mas importantes de la moral y política. No persuade ni arrastra, porque no escribe con fuego, y parece mas atento á su arte, que á las verdades que anuncia. De aqui viene quizá, que la mayor parte de los soberanos, cuyo legislador se ha hecho en cierto modo, han respondido con recompensas á sus avisos. Ha compuesto una obrita sobre los deberes de los reyes, y la hace circular de corte en corte. Recibióla Dionisio, tirano de Siracusa, admiró el autor, y le perdonó fácilmente unas lecciones que no dejaban en su alma ningun remordimiento.

Isócrates ha encanecido haciendo, puliendo, repuliendo, y rehaciendo un corto número de obras. Se dice que el Panegirico de Atenas le costó diez años de trabajo. Durante el tiempo de esta laboriosa construccion, no advirtió que

levantaba su edificio sobre unos fundamentos que debian ocasionar su ruina. Pone por principio, que es propiedad de la elocuencia engrandecer las cosas pequeñas, y disminuir las grandes; y despues trata de manifestar que los Atenienses han hecho mas servicios á la Grecia, que los Lacedemonios.

A pesar de estos defectos, á que sus enemigos añaden otros muchos, sus escritos presentan tantos giros felices y máximas sanas, que servirán de modelos á los que tengan talento para estudiarlos. Se ve en él un retórico diestro, destinado á formar excelentes escritores; y un maestro ilustrado, siempre atento á los progresos de sus discípulos, y al caracter de su espíritu. Eforo de Cuma, y Teopompo de Quio, que nos acaban de privar de su conversacion, serán una buena prueba. Despues de haber dado vuelo al primero, y reprimido la impetuosidad del segundo, ha destinado á los dos á escribir la historia. Sus primeros ensayos hacen honor á la sagacidad del maestro, y á los talentos de los discípulos.

Mientras Apolodoro me instruia en estos pormenores, atravesamos la plaza pública. Despues me llevó por la calle de los Hermes, y me hizo entrar en la palestra de Taureas, situada enfrente del pórtico real.

Así como posee Atenas diferentes gimnasios,

tiene tambien muchas palestras. Los niños se ejercitan en los primeros, y los atletas de profesion en las segundas. Nosotros vimos muchos de ellos que habian ganado premios en los juegos establecidos en varias ciudades de la Grecia, y otros que aspiraban á los mismos honores. Van allí continuamente muchos atenienses, aun ancianos, ó para continuar sus ejercicios, ó para ser testigos de los combates.

Las palestras tienen casi la misma forma que los gimnasios. Vimos las piezas destinadas á todas las especies de baños: aquellas en que se desnudan los atletas; donde se les unta con aceite para dar agilidad á sus miembros, y donde se revuelcan en la arena, para que sus contrarios puedan asirse á ellos.

La lucha, el salto, la pelota, todos los ejercicios del liceo se renovaron á nuestros ojos bajo formas mas variadas, con mas fuerza y destreza de los actores.

Entre los grupos diversos que formaban, se distinguían algunos hombres hermosísimos, dignos de servir de modelo á los artistas; unos con rasgos vigorosos y fuertemente expresados, como se representa á Hércules; otros con estatura mas esbelta y mas elegante, cual pintan á Aquiles. Los primeros, como se destinaban á los combates de la lucha y del pugilato, no tenian otro objeto que aumentar sus fuerzas; y los se-

gundos adiestrados en ejercicios menos violentos, como la carrera, el salto, etc., hacerse ligeros.

Su régimen es proporcionado á su destino. Muchos se abstienen de mugeres y vino. Los hay que tienen una vida muy frugal; pero los que se sujetan á pruebas laboriosas, necesitan, para reponerse, una cantidad grande de comidas sustanciosas, como carne de buey ó de puerco asada. Si no piden mas que dos minas cada día, con pan á proporcion, dan una idea grande de su sobriedad; pero citan á muchos que hacian un consumo espantoso. De Teágenes de Tasos se cuenta que se comia un buey entero en un día. La misma hazaña se atribuye á Milon de Crotona, cuya comida ordinaria era veinte minas de pan* y tres congios de vino**. En fin, añaden que, hallándose Astídamas de Mileto á la mesa del sátrapa Ariobarzanes, se comió él solo lo que estaba preparado para nueve convidados. Estos hechos, exagerados sin duda, prueban á lo menos la idea que se tiene de la voracidad de esta clase de atletas. Cuando pueden satisfacerla sin riesgo, adquieren una fuerza extrema: su estatura llega algunas veces á ser gigantesca; y sus contrarios atemorizados, ó

* Cerca de diez y ocho libras.

** Cerca de siete azumbres.

evitan la lid, ó sucumben bajo el peso de estas masas enormes.

De tal manera los fatiga el exceso de alimento, que se ven obligados á pasar una parte de su vida en sueño profundo. A poco tiempo desfigura todos sus rasgos una gordura excesiva; les sobrevienen enfermedades que los hacen tan infelices, cuanto inútiles han sido siempre á su patria; porque no se debe disimular que la lucha, el pugilato, y todos los demas combates dados con tanto furor en las solemnidades públicas, se han reducido á espectáculos de ostentacion, despues que se ha perfeccionado la táctica. Jamas los adoptó el Egipto, porque la fuerza que dan, solo es pasajera. Lacedemonia ha corregido sus inconvenientes con la sabiduría de sus instituciones. En lo demas de la Grecia se ha advertido que, sujetando á ellos los niños, hay peligro de que se alteren sus formas, y no tome el cuerpo su incremento; fuera de que en una edad mas avanzada los luchadores de profesion son malos soldados, porque no están en disposicion de sufrir el hambre, la sed, la vigilia, la menor necesidad, ni la mas ligera incomodidad.

Al salir de la palestra supimos que Telaira, muger de Pirro, pariente y amigo de Apolodoro, acababa de ser acometida de un accidente, que ponía su vida en peligro. Se habian visto á su puerta ramos de laurel y acanto, que segun cos-

tumbre se cuelgan en las casas de los enfermos. Fuimos allá al punto, y hallamos que los parientes, solícitos al rededor de su cama, dirigian plegarias á Mercurio, conductor de las almas; y el desgraciado Pirro recibia la última despedida de su tierna esposa. Logramos apartarle de allí, y aun quisimos recordarle las lecciones que habia recibido en la academia; lecciones tan bellas para el que es feliz, como importunas en la desgracia. « ¡O filosofía, exclamó, ayer me ordenabas amar á mi muger, y hoy me prohibes llorarla! » Mas en fin, le dijeron, vuestras lágrimas no le restituirán la vida. « ¡Ay! » respondió, eso mismo es lo que las aumenta.»

Luego que Telaira dió el último suspiro resonaron por toda la casa los gritos y los sollozos. Lavaron el cuerpo, lo perfumaron, y vistieron de una ropa preciosa; pusieronle en la cabeza un velo, y la ciñeron luego con una corona de flores; en las manos una torta de harina y miel para aplacar á Cerbero; y en la boca una moneda de plata de uno ó dos óbolos para pagar á Caron, y en tal estado estuvo de cuerpo presente un dia entero en el portal, rodeada de cirios encendidos*. A la puerta habia un vaso de agua lustral,

* Estos cirios eran de juncos ó de cortezas de papiro, en forma de rollos cubiertos con una capa de cera.

que sirve para purificar á los que tocan un cadáver. Esta ceremonia de exponer el cuerpo es necesaria para cerciorarse que la persona está verdaderamente muerta, y que su muerte es natural. Algunas veces dura hasta el tercer dia.

Dióse el aviso para el funeral, que debia ser antes de salir el sol. Las leyes prohiben que sea en otra hora; porque han querido que una ceremonia tan triste no degenerase en un espectáculo de ostentacion. Se convidó á los parientes y amigos. Hallamos cerca del cuerpo varias mugeres que daban dilatados gemidos; algunas cortaban los rizos de sus cabellos, y los ponian al lado de Telaira, como una prenda de su afecto y dolor. Pusieronla en un carro, metida en una caja de cipres. Los hombres iban delante, y las mugeres detras: algunos con la cabeza rasurada, y todos con los ojos en tierra, vestidos de negro, y precedidos de un coro de músicos que entonaban cantos lúgubres. De esta manera llegamos á una casa que tenia Pirro cerca de Falero, donde estaban los sepulcros de sus padres.

El uso de enterrar los cadáveres fué en otro tiempo comun en todas las naciones; despues prevaleció entre los Griegos el de quemarlos; y en el dia parece indiferente dar á la tierra ó entregar á las llamas los restos de nosotros mismos. Cuando se acabó de consumir el cuerpo de Telaira, recogieron las cenizas los parientes mas

cercanos, y se metió en la tierra la urna que las encerraba.

Durante la ceremonia se hicieron libaciones de vino; arrojaron al fuego algunas ropas de Telaira; la llamaron en voz alta; y esta despedida eterna aumentaba las lágrimas que no habian dejado de correr de todos los ojos.

Desde allí fuimos llamados al convite fúnebre, donde no se oyó otra conversacion que sobre las virtudes de Telaira. A los nueve y á los treinta dias se reunieron tambien sus parientes vestidos de blanco, y coronados de flores, para tributar nuevos honores á sus manes; y determinaron que juntos todos los años en el dia de su nacimiento, renovarian la memoria de su pérdida, como si fuese reciente. Esta tan loable determinacion se perpetúa muchas veces en una familia, en una compañía de amigos, entre los discípulos de un filósofo. En la fiesta general de los finados, que se celebra en el mes antesterior*; se renuevan los sentimientos que se manifiestan en semejantes circunstancias. Ultimamente he visto mas de una vez á algunos particulares acercarse á un sepulcro, depositar allí una parte de sus cabellos, dar vueltas al rededor, y hacer libaciones de agua, vino, leche y miel.

* Corresponde este mes á nuestro febrero y marzo.

Menos atento yo al origen de estos ritos, que al sentimiento que los mantiene, admiraba la sabiduría de los legisladores antiguos que imprimieron un sello de santidad sobre la sepultura y sus ceremonias. Favorecieron esta antigua opinion, á saber: que el alma despojada del cuerpo que le sirve de cubierta, es detenida sobre las orillas de la laguna Estigia, atormentada del deseo de ir á su destino, apareciendo en sueños á los que deben interesarse en su suerte, hasta que sustraigan sus despojos mortales de las miradas del sol y de las inclemencias del aire.

De aquí nace aquella solicitud en procurarle el descanso que desea; el encargo hecho al viajero de cubrir con tierra et cadaver que encuentre en el camino; aquella profunda veneracion á los sepulcros, y las leyes severas contra los que los violan.

De aquí tambien el uso practicado con los ahogados ó muertos en paises extrangeros, cuando no se pueden hallar sus cuerpos. Antes de partir los compañeros, los llaman tres veces en voz alta; y por medio de sacrificios y libaciones se lisonjean de atraer sus manes, á los que algunas veces consagran cenotafios, especie de monumentos fúnebres, casi tan respetados como los sepulcros.

Entre los ciudadanos que en vida tuvieron

bastante caudal, unos conformándose con el uso antiguo, no tienen sobre sus cenizas mas que una columnita donde está escrito su nombre; otros, despreciando las leyes que condenan el fausto y las presunciones de un dolor fingido, están cargados de edificios elegantes y magníficos, adornados con estatuas, y hermo-seados por las artes. Yo he visto un simple li-berito que gastó dos talentos en el sepulcro de su muger *.

Entre los caminos por donde se extravían los hombres, ó por falta ó por sobra de sentimiento, han trazado las leyes un sendero, del que no es permitido apartarse. Ellas prohiben elevar á las primeras magistraturas al hijo ingrato que, cuando mueren los autores de sus días, no ha cumplido los deberes de la naturaleza y de la religion: ordenan á los que asisten al acompa-ñamiento, que respeten la decencia hasta en su desesperacion: que no siembren el terror en las almas de los espectadores con gritos penetran-tes, y espantosas lamentaciones; y sobre todo, que las mugeres no se arañen la cara, como lo hacian antes. ¿Quién creeria que hubiese sido menester jamas prescribirles que cuidasen de la conservacion de su hermosa?

* Diez mil y ochocientas libras: (40,253 rs. vn.).

CAPITULO IX.

VIAGE A CORINTO. XENOFONTE. TIMOLEON.

Quando llegamos á la Grecia supimos que, ha-biéndose apoderado los Eleenses de un lugarcito del Peloponeso, llamado Escilonte, donde resi-dia Xenofonte, se habia ido este á establecerse en Corinto con su familia. Timágenes estaba impaciente por verle. Partimos de Atenas, lle-vando en nuestra compañía á Filotas, cuya fami-lia tenia enlaces de hospitalidad con la de Timó-demes, una de las mas antiguas de Corinto. Atra-